

EL CUENTO DE OTOÑO

y otros relatos

III Concurso de
RELATO HISTÓRICO

HISLUBRIS



Ediciones Evohé
"VERBA VOLANT, SCRIPTA MANENT"

Evoók
Histórico-mitológica

**EL CUENTO DE OTOÑO
y
otros relatos**

HISLIBRIS

III Concurso de Relato Histórico



Índice de contenido

[Portada](#)

[Título](#)

[Prólogo](#)

[El cuento de otoño](#)

[700](#)

[Quattrocento, el honor del caballero](#)

[Larinum](#)

[1480](#)

[Un sobre en la chimenea](#)

[El anillo de Ágata](#)

[La morisquilla](#)

[Baron Von Humboldt](#)

[Dos reales de a ocho para una virgen luminosa](#)

[Sinfonía de las despedidas](#)

[Tragedia macedónica](#)

[Obsidiana](#)

[El caballero de Cluny](#)

[John Linnet](#)

[Los pajaros cantando](#)

[Resultado concurso](#)

[Datos técnicos](#)

PRÓLOGO

Un nuevo año de relatos históricos, ya el tercero, y lo primero reseñable sin duda es la participación. En esta edición del certamen de Hislibris hemos recibido más de cien textos, más de mil páginas de aventuras, amores, intrigas, batallas, amistad, honor y, cómo no, mucha historia. Pero la implicación de participantes y lectores no se ha quedado ahí, no: con sus más de cuatro mil, sí, cuatro mil mensajes acerca de los relatos, han hecho de este certamen algo único por la riqueza de opiniones y por el intercambio de pareceres entre emisores de una historia y sus receptores.

Hislibris. ¿Qué se puede decir de Hislibris sin que en apariencia se caiga en la hipérbole?, ¿qué de sus habitantes, lectores, comentaristas? Poco, porque todo sonará exagerado. Poco, porque ya está todo dicho. No obstante, uno se siente orgulloso de ser parte.

El género histórico se ha intentado fijar en numerosas ocasiones. Partiendo de que quien escribe esto no cree mucho en géneros, acepta de buena gana las categorías en cuanto nos permiten hablar con mayor comodidad. Para ello parece imprescindible, pues, que no tengamos cada uno «nuestra idea» acerca de lo que es cada género, sobre todo en lo sustancial, porque de otra manera ese «hablar» antes mencionado se convierte en confusión. Como suele suceder con cientos de términos que usamos de corriente y que parecen tener un significado distinto en cada persona: «pues para mí esto quiere decir que...» A mi juicio ese es un

grave problema del que en general cabe descargar de responsabilidad a la lengua, que tiende, o debería, a lo unívoco. Y si bien no estamos ante un término que explica un concepto sino ante una unión de términos, en presencia de los cuales nuestra capacidad de abstracción se rebela, sí que es aconsejable unificar criterios. Para ello los especialistas nos han legado numerosas teorías que suelen coincidir en tres aspectos fundamentales: que el elemento histórico sea una parte sin la cual no se sostiene el escrito, que resulte verosímil y que trate temas pretéritos en al menos tres generaciones, cuando ya no hay «fuentes vivas».

Bajo esa premisa han sido analizados por el jurado estos relatos, con la salvedad, y excusa, que da la calidad literaria y el gusto particular de cada lector. Ciertos textos de este volumen, sin embargo, confluyen en otros géneros, teniendo más de fantástico o costumbrista, por ejemplo, que de histórico. Si los autores tienen licencias, también las tiene este libro. Recordemos que la recopilación y el resultado final es fruto de un jurado y de las decenas de personas que con sus opiniones y votos han enriquecido el concurso.

Creemos, y no es disfraz mayestático, que este año tenemos relatos destacables, pura poética, verdadera belleza. Textos especiales. Espero con enorme ilusión, y vuelvo a mi persona, que se lo parezca de igual manera a los lectores que se acerquen a este libro.

EL CUENTO DE OTOÑO.

M^a José Galván Mostazo

Es muy difícil de creer. Lo sé. Muy difícil. Pero ha ocurrido.

Dice llamarse Alicia, Alicia Losada.

Y yo, la verdad, no sé qué pensar.

La figura vestía con un abrigo negro cerrado en el lateral por una cremallera dorada, pantalones de raya diplomática, camisa gris con flores rosas y el cuello envuelto en un pañuelo a juego con sus ojos azules. Cuando subió al autobús se alegró de comprobar que el primer asiento, ese que tiene el panorama de la carretera como horizonte, estaba vacío, y se apoltronó en él; había pasado mala noche y el vaivén de un trayecto inusitadamente fluido la fue dejando adormilada. El paseo de Martínez Campos, la Castellana, Recoletos, fueron surcados con tal agilidad que el vehículo enseguida se vio enfilando el repecho que hay entre Cibeles y Sol. El conductor tenía prisa, eso estaba claro, y aceleró en la subida de una forma descabellada.

Los pasajeros, escasos, apenas pudieron reaccionar.

Se escucharon gritos.

Y luego, el eco de un cascabel desprendido.

Cuando abrió los ojos sintió que alguien se empeñaba en arrancarla del suelo: ¡Señora, señora! —gritaban voces distintas—. ¿Está usted bien?... ¡Madre Santísima!... ¡El

Señor nos asista!... Parece que está muerta... ¡No, no, que se mueve!...

Ella dirigió la mano hacia el hombro y sus labios susurraron una queja. Se supo sentada sobre un suelo sucio de listones de madera ensamblados. Al levantar la vista solo atisbó cabezas a su alrededor, cabezas con sombrero que amablemente le ofrecían el brazo para incorporarse. Lo hizo aturdida por la escocedura de la frente.

—¡Baje, baje usted, señorita! —chillaban desde todas partes.

Empujada a ello, traspasó el umbral del vehículo saltando un escalón que sobresalía hacia fuera. Al mirar en torno suyo tuvo la sensación de no saber donde estaba; pero sí, aquello era la iglesia de las Calatravas y, desde su escalinata, tres mujeres con velo la veían. No tuvo más remedio que entornar los ojos, un cansancio extremo le cerró los párpados.

—A esta señorita tiene que verla un médico, mejor será llevarla a la Casa de Socorro —dictaminaron varias gargantas—. Antes que se tome un coñac... ¿Qué dice, hombre de Dios?... ¿Cómo va a beberse la señora un coñac?... ¡Habrase visto sandez más grande!... Oiga, las sandeces las dirá usted, que a mí una vez me dieron por muerto, fue beber una copita, y...

Ante aquel tropel de gente baladrante la accidentada puso gesto de extrañeza. Cuando estaba a punto de emitir una nota, se sintió empujada hacia un silloncito de anea que había aparecido a su lado.

—¡Apártense!, ¡apártense!... ¡Apartarse, digo!

Un hombre de grandes bigotes, el cuerpo cubierto con un abrigo azul marino de botones niquelados y los ojos escondidos bajo una gorra de plato con la visera acharolada,

se dirigió a ella extendiendo súbitamente la mano a la altura de la sien: «*Amos a ver, ¿qu'a pasao aquí?*».

—No sé... yo... iba sentada delante, debí quedarme dormida y...

—Pobrecita, está herida —apuntó una señora con velito por la cara.

«Tendrá el brazo roto», vaticinó el uniformado. «No, roto no», dijo alguien. «¡Huy, seguro! Si el golpe ha sido de miedo», asintieron algunas cabezas. «No fue *p'a* tanto», opinó un espontáneo que llevaba paquetes bajo el brazo. «A ver, a ver, déjenme a mí», oyeron que decía un bigote desconocido procediendo a tantear el cuello de la accidentada.

—¿Qué hace? —preguntó ella sobresaltándose al sentir las manos del intruso deslizarse por su escote.

—Compruebo que no tenga nada roto...

—¡Oiga, oiga, haga el favor de no aprovecharse de la señorita! —intervino una mujer, con un saco de tela apoyado en la cintura.

—Sepa usted que yo soy practicante titulado, y eso me faculta para la inspección de un herido. Este brazo está fracturado, no hay más que verlo —argumentó él, moviéndole la extremidad dañada como si fuese un ventrilocuo.

—Retírese, haga el favor —intervino el municipal.

Mientras el hombrecillo huía haciendo mohines desdeñosos, la mujer echó una tímida ojeada a su alrededor. Era evidente que se encontraba en el mismo sitio donde perdió la pista de las cosas, en la calle de Alcalá; sin embargo, todo parecía tan distinto que por sus pupilas comenzaron a asomar los signos de la alarma. Todas las personas mostraban la cabeza cubierta; los varones, unos

con gorras de tela y otros con sombreros de fieltro, lucían una frondosa pelambreira sobre la boca, como si cada uno de aquellos individuos fuese en realidad el mismo hombre repetido una y otra vez. Las escasas mujeres que curioseaban también se cubrían con flexibles, bretones y capotas a juego con sus trajes cerrados, largos y oscuros; y alguna pudo ver con la cabeza metida en un pañuelo anudado bajo el mentón. Cuando se disponía a preguntar por el peculiar modo de ataviarse de toda esa gente, fue interrumpida por el guardia:

—*Vamús* a ver, señorita, déme su *filiación*.

—¿Qué?

—Sus señas —aclaró una señora cercana.

—Me llamo Alicia Losada Hermida.

—¿Dónde vive?

—En la calle Orense cincuenta y seis. Espere, tenga mi...

¡Ah, el bolso! ¿Dónde está mi bolso?

La cuestión del bolso dio paso a un auténtico ir y venir de personas afanadas en escudriñar por todas partes. Ella, venciendo el aturdimiento que sentía, quiso incorporarse al rastreo, pero más le valiera no haberlo hecho porque, al girarse, se dio de bruces con el asombro al ver que allí, en plena calle, habían estacionado un antiguo tranvía de madera, con su plataforma, su salvavidas y sus diáfanas ventanas de guillotina. El estupor crecía en el pecho de la mujer al comprobar que no era el único; carretones similares asomaban por el bulevar. Es más, en ese momento creyó ver uno a lo lejos, circunvalando la fuente de La Cibeles.

¿Qué está pasando aquí?, chillaron sus ojos siguiendo el estambre de las catenarias dibujadas en el cielo. ¿Qué es

todo esto?, repitió al descubrir los rieles de plata embutidos sobre la calzada. ¿Dónde estoy?... ¿Qué ciudad es esta?

—Señorita, está usted en Madrid.

—Pero, ¿dónde?, ¿dónde?

—En la calle de Alcalá.

—¿Y qué hacen estos cacharros aquí?

Ahora pregunta que por qué está el tranvía en mitad de la calle; y le llama «cacharro»... ¡La pobre!... ¡El golpe, que la ha *atonta*o!, se susurraban unos a otros.

Sí, sí, el golpe y algo más, cuchicheó un espontáneo llevándose el pulgar a la boca.

—Esto es un *Inocente*, *Inocente* —dedujo ella esforzándose por sonreír.

—¿Cómo dice usted?

Pese a las punzadas doloridas del hombro, la mujer buscó en todas direcciones cámaras, focos, pantallas y esos artilugios propios de una grabación, convencida como estaba de que toda aquella gente no eran sino piezas de un rodaje. De repente, escrutando sin cesar, reparó en los edificios que tenía ante sí; no exactamente como ella los recordaba. En las aceras habían surgido comercios de grandes escaparates con letras de bronce donde se leía «Sastrería Salgado», «Almacén de Tejidos», «Café Suizo», «Joyería Francesa»; pero lo que le dejó sin habla fue comprobar que en el sitio del teatro Alcázar había una fachada pequeña y anodina con un frontispicio donde ponía «Trianon Palace».

El cuerpo estremecido de la mujer miraba al cielo.

—¡Estaba aquí! ¡No está!, ¡no está! —repitió obstinadamente pasados unos minutos.

—¿Qué no está?

—El banco. Es muy grande, con una cúpula acristalada por dentro, y columnas enormes en la fachada. Tiene dos cuadrigas de bronce, ahí y ahí —dijo mientras señalaba con el dedo oscilante el tejado del Café Suizo—. Son unos caballos muy famosos, salen en una película de Álex de la Iglesia...

La señora de mediana edad, elegantemente vestida de época, que se había mantenido discreta detrás de ella, asentía condescendiente mientras la tomaba del brazo para impedir que se tropezase con el gentío de la acera.

—Usted se refiere al Banco de Bilbao, querida. Pero aún no está construido...

—¿Qué dice? Estoy harta de verlo.

—Claro, yo también. En el *Blanco y Negro*, que publicó un dibujo muy bien hecho, tal que una foto.

La figura del abrigo negro y los pantalones de rayas, atenazada por un miedo embrionario, temblaba. Al cabo de un minuto, cuando el escalofrío que le corría por las venas le dejó articular palabra, pudo preguntar qué día era.

—Diecisiete de octubre. Hoy se inaugura el Metropolitano, ¿no se acuerda?

—¿El qué?

—Ya sabe, el tranvía subterráneo que va por un túnel. ¡Pero si no se habla de otra cosa! Dicen que es una maravilla. Esta tarde lo estrena su Majestad; por eso hay tanto lío en las calles.

—¿Qué día es hoy? —repitió sin dejar de tiritar.

—Viernes.

—¿Pero qué día?

—Ya se lo he dicho: diecisiete de octubre, viernes, Santa Sabina...

—¿De qué... año?

—¿Pues en qué año vamos a estar, señorita?

—¡El año!

— Mil novecientos diecinueve...

Como una torre de arena, con un lamento que no sabe adonde va, Alicia Losada se desplomó en mitad de la calle.

—Pepe, a ver si puedes venir, haz el favor. Hace un rato, al ir a misa, me encontré con que un tranvía acababa de atropellar a una señorita, y ahora estoy en Fornos con ella... Sí... El tranvía... Esta mañana... Bueno, ¡no la iba a dejar sola en plena calle con lo trastornada que está...! Dice cosas raras... Además, en el accidente ha perdido el bolso y no tiene dinero, ni llaves, ni nada... No, no es de esas, créeme. Para mí que es una artista, por eso te telefoneo; seguro que tú la conoces...

Jamás pudo pensar José Juan Cadenas que aquella llamada de su hermana Elisa representaría la solución al problema que su amigo Agustín, el marqués de Alella, le había suscitado la noche anterior: Hazte cargo, Pepe, te necesitamos. Son los dueños de la empresa textil más importante de Europa. Bueno, uno es el dueño y el otro su gerente; y llegan, vía París, mañana temprano a Madrid para firmar unos acuerdos con la fábrica de Ramiro el sábado por la mañana.

—Chico, ¿y por qué no los recibís en Barcelona? — preguntó él poniéndose en lo peor.

—Como habrás leído, tenemos a los camareros y cocineros en huelga. Bueno, en realidad aquí todos los gremios están parados, así que no queremos que se asusten. Hemos tomado habitaciones en el hotel Roma, como ellos. Salimos en el tren de las siete de la mañana,

justo para encontrarnos por la noche en el palacio de los Bauer, que les ofrecen una cena.

—Pues sí que tienen fuste —recordó haber dicho.

—Bueno, Pepe, ya sabes que a falta de cancillería, la casa de Ignacio Bauer suple las funciones, que para algo es cónsul de Finlandia en España.

—Y yo, ¿qué quieres que haga?

—Pues vas a recogerlos al hotel después de comer y les preparas un plan. Es muy importante que se lleven muy buena impresión, que estén contentos, y... ¡en fin, chico, que los atiendas como tú sabes hacer! Y, sobre todo, que solo hablen con personas de absoluta confianza; tú me entiendes.

—Te advierto que a las tres y media estoy invitado a la inauguración del Metropolitano.

—Desde las tres y media hasta las cinco, pongo por caso, tienes tiempo de atender tu compromiso.

—¿Y qué hago?, ¿les enseño Madrid?

—No, para eso tenemos el domingo. ¿Tienes en cartel la obra esa tan graciosa que vimos el mes pasado, la del convento de monjitas?

—Sí. Mañana hay función, y es de tarde.

—Resérvales el mejor palco, ya sabes.

—¿Crees que la entenderán?

—Con explicarles un poco el argumento...

—Repasaré mi francés.

—No, ellos no hablan francés; por allí arriba, como están menos civilizados, no lo usan.

—Y ¿cómo os entendéis?

—Hasta ahora nos comunicamos en inglés porque es el idioma que utilizan en los negocios con el extranjero. Llevamos un traductor, pero hasta que llegemos ya estás

tú, porque el gerente, además de inglés, entiende algo de alemán.

«¿Qué me cuentas, Agustín?...» Eso fue lo único que se le ocurrió exclamar al periodista, empresario y director teatral. Bien es verdad que su don de gentes lo sabía ejercer en la noble lengua de Molière, que por algo se había pasado un lustro en París escribiendo para el *ABC*; pero también es cierto que del alemán que había aprendido en Viena y en Berlín a cargo de *La Correspondencia de España*, solo recordaba unas cuantas frases hechas, y a esas alturas ni un milagro le haría recobrar vocabulario. Verdaderamente el señor Cadenas se hallaba ante un problema: por una parte, su situación en la sociedad recién constituida para el nuevo teatro no le permitía negarle ningún favor al marqués de Alella, miembro inversor de la misma; por otro lado, a ver cómo conseguía un trujamán que se hiciese cargo de los ilustres visitantes.

¡Madre mía!... Si lo sé, no me pongo al aparato. El café era un verdadero bulle-bulle de voces y humo; tanto que en la mujer de los ojos azules hizo mella el aturdimiento. Voy a llamar a mi hermano y enseguida vengo. Quédese aquí quietecita y no se marche, sintió que le decía la misma señora que la había llevado del brazo hasta el diván rojo donde ahora estaba.

¿Y adónde me voy a ir?, pensó ella con el rostro oscilante para examinar el entorno. Miraba y su mano derecha subía y bajaba por el brazo dolorido tocándose el hombro, el codo y la muñeca; así una y otra vez hasta que sus dedos palparon la superficie rugosa del reloj. Consternada, comprobó que el cristal estaba roto y las manecillas habían quedado detenidas sobre una equis diminuta, mientras el gran péndulo del establecimiento señalaba las once y

cuarto. Acarició una y otra vez la cajita de oro que había lucido los últimos doce años y, como si aquello representase el broche definitivo de lo de Pablo, una pena muy honda se adueñó de su pecho.

—Me he tomado la libertad de pedirle media tostadita, verá como comiendo se le quita esa debilidad que tiene —dijo su protectora al sentarse a la mesa—. Soy Elisa, hermana de don José Juan Cadenas, ¿lo conoce? Acabo de llamarlo y ahora mismo viene. Siendo usted actriz, seguro que, cuando lo vea, sabe quién es.

—¿Actriz?

—¿No es usted del Apolo?

—¿Qué Apolo?

—El teatro. Me había parecido; como va disfrazada...

«¿Disfrazada yo?» dijo Alicia para sí, componiéndose el pañuelo de seda que le flojeaba en el cuello. Entonces ojeó la vestimenta de las mujeres que aparecían intermitentemente por el ventanal del café y estudió con detenimiento la ropa de su acompañante: un ajustado traje de chaqueta en terciopelo ciruela, con las solapas y las costuras longitudinales ribeteadas de negro; sin embargo, no es que le estuviese pequeña, era el corte de la prenda, con los hombros, las mangas y el talle ceñidos. Y luego el sombrero, negro, de ancha ala y cintillo rojo oscuro del que salía la toquilla de tul para cubrir la vista. Realmente no se parecía en nada al gabán de corte japonés que ella había sacado del armario esa misma mañana.

Iba a decir que era así como visten las mujeres del siglo veintiuno, pero en esas llegó el hermano de aquella señora.

—José Juan Cadenas a sus pies, señorita —dijo, al quitarse el sombrero con una reverencia obsequiosa.

Guardaba gran parecido con Elisa: el rostro redondo, los ojos vivaces y la misma sonrisa más que cordial, amistosa; además, no podían negar que eran de la misma sangre, con aquel cabello negro y ondulado, que en él iba escaseando y a ella se le escapaba bajo la celada de fieltro.

—Pepe, como te conté, esta señorita ha tenido un accidente terrible aquí mismito, con un tranvía. ¡Fíjate tú cómo está Madrid! Con el barullo ha perdido su bolso o, lo que es peor, se lo han quitado. El caso es que no tiene dinero y no puede volver a su casa. Además, fíjate, tiene una mano herida y la cabeza también...

—¡Pues sí que ha habido mala suerte!

Era un hombre de mundo, en el amplio sentido de la palabra, y del mundo del teatro, en su acotación concreta; por lo tanto, no se sorprendía fácilmente. Sin embargo, nada más posar sus ojos negros sobre ella, experimentó un palpito raro, como cuando el corazón intuye un misterio infranqueable.

—Qué tal se encuentra? —preguntó él.

—Muy mal.

—No se preocupe. Tómese esta tacita de té y verá como se recupera —dijo Elisa, sirviéndole de la tetera humeante.

—Es que todo lo que está sucediendo es irreal, no puede estar pasando; yo no puedo estar en mil novecientos diecinueve, ¿no lo comprenden?

—Tranquilícese y cuéntenos qué le ha ocurrido.

—Me llamo Alicia Losada; vivo en la calle Orense cincuenta y seis, en el ático B. Esta mañana, como siempre...

—¿Está usted casada? —interrumpió la mujer.

—Sí, pero mi marido no está; ayer tenía vuelo a Río y no volverá hasta mañana. Es piloto... —Los hermanos se

miraron atónitos—. Salí de mi casa a las nueve y media pasadas y cogí el autobús número cinco, como hago otras veces; tenía que ir a recoger un encargo de Alan, mi marido. El caso es que debimos tener un accidente, un choque o algo así. Lo último que recuerdo es un estruendo horroroso y que me puse los brazos sobre la cabeza.

—Ya, ya veo que está usted herida —dijo el hombre, mirando los cortes de la mano.

—Cuando he despertado todo era distinto. Yo estoy en el mismo lugar, pero no es el mismo. Y luego, alguien me dice que estamos en mil novecientos diecinueve... —explicó intentando reprimir las lágrimas—. Pensarán que estoy loca, pero no puede estar pasando esto que está pasando. ¡No puedo vivir en esa fecha! ¿Es que no lo entienden?

—¿Por qué?

Alicia comenzó a respirar entrecortadamente.

—¡Yo nací en mil novecientos sesenta y ocho!

Mientras la hermana distraía el desasosiego de la accidentada lamentando la rotura de un reloj tan bonito, José Juan Cadenas analizaba el caso aspirando profundamente el humo de su cigarrillo. La historia que ha contado es fantástica, eso está claro; sin embargo...

—Mira, Pepe, qué reloj tan precioso. Pone *Car... ti... er*, ¡tiene que ser francés, claro! ¿Lo ha traído usted de París?

—Fue un regalo de mi marido, pero lo compré en Tokio —respondió Alicia respirando hondo.

Él reparó en las joyas que llevaba, piezas originales y buenas. En las orejas, unas arracadas pequeñas con el cabujón de lapislázuli; y en los dedos, sendas sortijas: un tresillo de topacios sobre la alianza y, en la otra mano, una ancha faja de oro labrado que llamó poderosamente la atención del periodista.

—Su marido debe quererla mucho —suspiró Elisa, devolviéndole el reloj—. ¿Tienen ustedes hijos?

Ella hizo el gesto de negar con la cabeza.

—¿Qué tiene pensado hacer ahora?

—Sencillamente, no lo sé. Como comprenderán, no conozco a nadie, ni tengo a donde ir; seguro que mi casa no existe.

—Es el golpe, querida. Está usted un poco despistada.

—No me creen, ¿verdad? Suena a disparate, porque lo que digo es absurdo, científicamente imposible, pero les juro, como que me llamo Alicia Losada, que esta mañana, cuando salí de casa, corría el año dos mil diez. Tienen que confiar en mí, ¡por favor!

Los hermanos se la quedaron mirando cautelosos; Elisa sonrió benevolente. Él, no; intuía en el eco recóndito de aquella súplica los perfiles de un enigma.

—Si al menos tuviera mi bolso, les sería más fácil creerme. Llevaba la cartera con la documentación, el DNI, el carné de conducir, las tarjetas de crédito. Incluso el móvil...

—¿El qué?

—El móvil, el teléfono. Un aparato pequeño que se abre y tiene teclas para llamar a...

Alicia se censuró al instante.

—Vamos a hacer una cosa, Elisita —dijo él—. Te coges un coche y me llevas a esta señora tan encantadora a casa de Mendivil; si tenéis que esperar, mejor; así saludas a Manolita, le presentas mis respetos y me la alisas un poco ya que, desde que vino a ver *Las Verónicas*, está muy seria conmigo. Yo voy enseguida, antes tengo que localizar a Jonhson, que me urge tenerlo para esta tarde.

—¿Dónde me llevan?

—La voy a acompañar a ver a un doctor, que además es muy amigo de mi hermano —explicó Elisa sin dejar de sonreír—. ¿Por qué se la envías a Mendívil? —preguntó en un aparte, según salían del café.

—Con esa historia que va contando lo mejor será que la vea un médico, y Manolo es de confianza. Para que la interne el hijo de Esquerdo siempre hay tiempo.

Alicia se dejó hacer. Pese a la conmoción, había comprendido que no era víctima de una broma ni de un rodaje; ni siquiera estaba sumida en un mal sueño. Más le valía seguir pegada a aquella señora entrada en carnes y a su hermano; le iba en ello la cordura, acaso también la vida.

Elisa entró velozmente en la salita donde acababa de llegar su hermano.

—Ahora viene Mendívil, que ya ha terminado el reconocimiento. Oye, Pepe, esta mujer es muy extraña. No lleva camisita debajo de la ropa, ni corsé, ni enagua, ni nada —dijo bajando mucho la voz—. Solo una especie de *couvre-poitrine* de encaje que es una preciosidad, la verdad —añadió recorriendo su propio busto—. Y, mira, se pone esto en los pies. ¿Tú has visto algo parecido?

—Es una media, ¿no?

—¿Conoces una tienda que se llama Los chinos? —Él negó con la cabeza mientras examinaba la textura de la prenda al trasluz de la ventana—. Pues dice que se compra hasta en Los chinos y cuando le he preguntado dónde está ese comercio, se me ha quedado mirando muy fijamente y se le han saltado las lágrimas.

—Hay que averiguar de dónde ha sacado esto —dijo él, sin dejar de estudiar la tira de nylon.

—Es rara; yo, desde el principio, he pensado que era una artista. Tiene un dibujo aquí —confesó la hermana casi en un susurro mientras apuntaba con el dedo enguantado una de sus caderas.

—¿Un dibujo?

—Sí, una pintura en la piel que simula un tronquito de árbol con hojitas saliendo de él; es muy pequeñito. Mendívil se ha quedado de piedra y cuando le ha preguntado cómo se lo ha hecho, ella ¿sabes qué ha respondido?, que es un... no sé cómo lo ha llamado... una cosa para disimular la cicatriz; y que es algo muy normal en el siglo veintiuno, que lo de ella es por una operación, pero que mucha gente se lo hace por gusto...

—¡Madre mía!

—Está muy afectada; no para de repetir eso de que vive en el dos mil diez, ¡fíjate tú! Mendívil le ha tenido que dar una cucharadita de jarabe, pero antes de tomárselo le ha preguntado una y mil cuestiones sobre el medicamento, hasta que él ha saltado con que si es boticaria. ¡Pobrecilla!

La entrada del facultativo diciendo que la paciente andaba buscando una de sus medias, les interrumpió. Elisa, sonrojada, se dispuso a devolver la prenda que el hermano discretamente le pasaba. Los dos hombres quedaron solos y comenzaron a fumar.

—Bueno, Manolo, dame tu diagnóstico.

—La señora físicamente está bien. Salvo la contusión en el hombro, no tiene nada roto. La he dejado lavándose los arañazos de la mano.

—¿Y la brecha en la cabeza?

—No es nada, un pequeño corte ya cerrado —explicó—. Pero la historia que cuenta evidencia un trastorno. ¿Sabías que perdió un hijo hace pocos meses?

—No.

—Es posible que esa sea la clave de su neurastenia; la muerte de un hijo es algo que afecta mucho a las mujeres, más si era ya mayorcito, como parece el caso; y único. Lo más probable es que el golpe de esta mañana le haya provocado una parálisis momentánea de la memoria.

—¿Y qué se puede hacer?

—En estos casos lo mejor es el descanso, dormir. A las veinticuatro horas desaparecen los síntomas; quedan unos leves signos de confusión, pero todo vuelve a su ser. —En ese momento sintieron llegar a Elisa, sola—. Tiene un discurso muy fantasioso, pero no hay que preocuparse; a lo sumo, seguirle la corriente. Por ejemplo, dice que tiene cuarenta y dos años; cosa que, a juzgar por su aspecto, no puede ser verdad. Yo calculo que ronda los treinta y cinco.

—¡Qué bárbara! Es la primera mujer que se pone años encima —rió Cadenas.

—¡Si solo fuera eso! Me ha jurado que nació en mil novecientos sesenta y ocho. Y cuando la corregí pensando que se había equivocado de siglo, me dice que ella vive en el año dos mil diez.

—Sí, eso cuenta.

—Sostiene que tiene un hermano médico y que trabaja en un hospital llamado La Paz. Yo no conozco ningún hospital con esa denominación en Madrid y cuando le he preguntado dónde queda, me dice que es un edificio que hay al final de la Castellana, pero que seguro que aún no está construido.

—¡Qué inventiva!

—Luego me ha dicho que su marido trabaja pilotando aviones grandes, de pasajeros, porque la gente de su

tiempo recorre el mundo volando, y que de ese modo le conoció: antes ella también volaba.

Ambos rieron de buena gana.

—Lo que sí parece es que es leída; habla muy bien, y tiene buenos modales. Tal vez de ahí le viene la confusión cerebral.

—Le ha dicho al doctor que siempre ha trabajado —intervino Elisa—. Primero en los aviones, haciendo de... ¿cómo dijo? No sé, una palabra muy rara. Pero después, cuando nació su hijito, lo dejó; y desde hace un par de años, trabaja con un editor, traduciendo libros.

—Repite eso, por favor —pidió el hermano súbitamente interesado.

—Que trabaja traduciendo libros en...

—¿Ha dicho «traduciendo»? ¿estáis seguros?

—Completamente...

¡Bendito sea Noé! Esta sí que es buena, le oyeron exclamar justo cuando la figura de Alicia se recortaba en la puerta del despacho.

—A ver, siéntese usted aquí y cuénteme lo que le ha dicho al doctor sobre su trabajo. ¿Es verdad que ejerce usted de traductora? —le preguntó el periodista empujándola hacia la silla—. ¿No hablará usted inglés por un casual?, ¿sabe usted inglés?

—Sssí...

—¿Cómo de bien?

—No sé... Muy bien, supongo. Mi marido es norteamericano y apenas habla español.

—¡Cómo no me ha dicho usted eso! —gritó abriendo las manos—. ¡Es precisamente lo que necesitaba! A ver, dígame algo en inglés.

—*What do you want I tell you?* —respondió Alicia secamente.

—¡Eso es! Siga un poquito más. Diga todo lo que le ha ocurrido hasta ahora, en inglés.

El doctor Mendívil y Elisa empezaban a no salir de su asombro.

—Pero si esto es de locos.

—No importa. Yo sí la creo; de veras. Por favor, repítamelo en inglés.

Ella miró alrededor como quien busca algo desesperadamente. Luego, reparó en que también las otras dos figuras miraban a Cadenas con estupefacción.

—Por favor, Alicia —notó que le rogaba el hombre, tomándole la mano.

Entonces su cordura dijo ¡hasta aquí he llegado!, porque en el alambre por donde andaba desde hacía tres horas, lo último que podía esperar era que un señor con el bigote alzado acabase pidiéndole el relato de su salto de siglo en la noble lengua de Shakespeare.

Se echó a reír.

Primero con trinos sueltos, discretos, cantarinos; luego, a grandes carcajadas que resonaron por toda la casa.

Su boca rolliza reía y reía.

Y los tres rieron con ella. Contagiados.

Durante los diez minutos que tardaron en despedirse del doctor Mendívil, Cadenas discurrió cómo podía encajar a la viajera del tiempo en su apretada agenda; finalmente, bajando las escaleras, estableció un trato con ella: esa misma tarde ejercería como intérprete de unos finlandeses que llegaban a Madrid para hacer negocios; no sería complicado, tan solo acompañarles a la función teatral, explicarles lo que fueran viendo y poco más. A cambio él le

proporcionaba alojamiento, manutención y una puesta a punto en cuanto a ropa y costumbres se refiere, que bastante falta le hacía; al menos hasta que las cosas volvieran a su cauce. No quiso oír ni una excusa sobre cansancio, dolores, ni penas; además debía comprometerse a no repetir absolutamente a nadie la historia de la mutación cronológica. Exigió su palabra.

Ella dijo que sí. A ver.

Los hermanos se quedaron rezagados en el portal de la casa del médico. Mientras Elisa se ajustaba el velito del sombrero asintiendo con la cabeza a las indicaciones que él le hacía, Alicia se alejó unos pasos examinando el contorno de cuanto la rodeaba con la esperanza de que entre un parpadeo y otro parpadeo los acontecimientos recobrasen su secuencia lógica; cosa inútil. Cerraba los ojos y, al abrirlos, todo seguía allí: la misma calle de casas alfonsinas con sus impostas de cerámica floreada separando alturas; los balcones sinuosos, algunos repletos de macetas; las aceras sembradas de grietas y hendiduras; y, sobre todo, aquella escala de sonidos inéditos para sus oídos, como el retumbo mecánico de los tranvías o el atabalear de los caballos sobre el pavimento.

Enfrente vio un despacho de pan con la entrada tapada por una cortina de sogas; un poco más allá, un comercio de comestibles entre una tienda de hilaturas y el taller de una tapicería; los tres, con sus puertas de cuarterones dobladas hacia fuera. Ella, que experimentaba el sosiego inducido por el medicamento, cruzó lentamente de acera llamada por las formas y los colores que asomaban tras sus lunas. Eligió la puerta de en medio, la que tenía escrito «Ultramarinos Sánchez» en el cristal, y pegó la frente a él. Dentro, la exigua luz de la bombilla alumbraba a duras penas un

horizonte de sacos arremangados directamente sobre el suelo: a un lado las legumbres, en loneta; al otro, metidos en recia arpillera, los membrillos, las castañas y los boniatos de temporada. Al fondo, sobre el mármol del mostrador, había una balanza de pesas y a su lado un tonelito donde se leía: «Arenques de Santander. 80 cts». Alicia, haciendo un esfuerzo para espantar la tristeza, se detuvo en las filas de anaqueles que al fondo exhibían artísticas cajas metálicas, tabletas de chocolate, licores, mermeladas y grandes botes de cristal tallado que seducían el paladar con el oro de su almíbar.

—Qué, ¿tenemos apetito? —dijo Cadenas socarronamente.

Ella se volvió sobresaltada.

—Esta tienda es tan... interesante; solo he visto algo así en el cine.

El hombre miró a la hermana enarcando una ceja, su gesto para manifestar suspicacia; empezaba a irritarse. Por una parte, era una suerte que aquella mujer apareciese en su vida justo para sacarle del trance en el que los catalanes le habían puesto; pero, por otro, esa tenacidad en su discurso le hacía experimentar el aguijón de la duda. «¡En fin, mejor será no hacerle caso!», pensó mientras las despedía cortésmente.

Quince minutos después, las dos mujeres se apeaban ante un portal de la calle Atocha, sede del Palacio de la Moda Parisina, más que salón de modas, centro neurálgico de la costura teatral madrileña. Allí, como si fuese una marioneta de trapo, Alicia no tuvo más remedio que dejarse hacer; le midieron la espalda, el busto, las caderas, el largo de la falda, el ancho de los puños, la dimensión del pie y el contorno de la cabeza. Luego, en una sala grande, con un

testero forrado de armarios abiertos donde pendían prendas de las más variadas formas, Elisa y la encargada debatieron la idoneidad de tal o cual pieza. Ella, indiferente al regateo, prefirió sentarse en la soleada habitación contigua. Allí, acariciando el roto reloj de su muñeca, pensaba: «Lo que me está sucediendo es imposible, nadie vuelve atrás en el tiempo, eso solo ocurre en las películas... ¿Qué puede haber pasado?... ¿Es posible que haya tomado algo que me haga experimentar esta realidad?... Pero ¿y la gente? Todas estas personas tienen que llevar muertas muchas décadas... ¡Han pasado noventa y un años!... Sin embargo están vivas, como yo... Porque mi cuerpo late: hablo, pienso, lloro, veo; mis pies andan y me duele el brazo... ¿Qué está ocurriendo?...»

—Este conjunto *c'est idéal* para *la soirée*. Tenemos que hacer unos pequeños arreglos porque usted es muy alta — oyó decir detrás de sí—. Pero a las cinco de la tarde lo tiene usted en el hotel. Sin retraso.

A las cinco menos diez minutos tuvo listo el encargo.

La llegada del traje ocasionó el revuelo propio que las cosas frívolas suelen acarrear. En un instante, la espaciosa habitación del Rhin se convirtió en un gabinete femenino, íntimo y confidencial. Al abrir los botones de las fundas, un mar de exclamaciones resonó entre las cuatro paredes: ¡Qué bonito!... ¡Maravilloso!... ¡Es lo último de París!... Mira, los azabaches del vestido van cosidos al aire... y el galón está bordado en plata... ¿Y el abrigo?... Es un *rien plus*...

—Vamos, ¿a qué espera?, vístase, que son casi las cinco —le dijeron las actrices al unísono.

Alicia tardó un minuto en ponerse la enagua de popelín con entredoses bordados, tan fina como una gasa, el

vestido chocolate con el bajo y las bocamangas recamadas de cuentecitas turquesas, y sobre él la túnica de muselina azul con su ribete de diminutos azabaches. Al verse en el espejo tuvo miedo, era otra quien la estaba mirando. Sintió la tentación del porvenir, y se echó a llorar.

Salió enseguida con los ojos húmedos y la nariz enrojecida.

—¿Qué sucede, señorita? —preguntó Carolina asustada.

—Nada, la ropa...

—¿No le gusta?

—Es tan distinta de lo que yo llevo —respondió en un susurro.

—Si me permite decirlo, está usted muy guapa. Ande, póngase las medias y los zapatos, que aún le tenemos que colocar el sombrerito, y hay que irse. El señor Cadenas la espera abajo.

Mientras Alicia volvía al cuarto de baño, las jóvenes miraron el abrigo negro de la cremallera dorada que yacía sobre la cama. «Qué ropa tan rara, ¿verdad? ¿Y te has fijado en su pelo, tan corto? A lo mejor ha estado enferma», susurró Carolina.

—¡Qué va! Es por la guerra. Recuerda lo que dijo don José: ha vivido fuera, y si ha estado en Europa...

—¡Menos mal que todavía estáis aquí! Os he llamado para pedir, como favor personal, que atendáis a una señora amiga mía que acaba de llegar a Madrid después de haber vivido mucho tiempo en el extranjero —les había expuesto José Juan Cadenas nada más arribar a su despacho—. Se llama doña Alicia Losada y se aloja enfrente, en el Rhin. Ignora todo lo relativo al teatro actual; bueno, al teatro y a todo lo demás de la vida española, pero es traductora y esta tarde va a realizar una labor muy

importante para mí, ¿comprendéis? Su trabajo consiste en irle contando a dos señores que solo hablan inglés, *Las Verónicas*; y el problema es que ella no tiene ni idea de la obra. Por eso he pensado en vosotras. Además, es una mujer muy guapa que también necesita que la pongan al día, ya me entendéis... ¡Ah, se me olvidaba!: diga lo que diga, vosotras tratadla como si fuese normal.

Palmira Montalvo y Carolina Iruña asintieron encantadas.

Al llegar al comedor del hotel, la presencia de doña Elisa aumentó en ellas la satisfacción de saberse elegidas. Fueron amablemente presentadas por sus nombres, aunque la hermana de Cadenas, empeñada en que Alicia recobrase la memoria, añadió que la señora Montalvo era cuñada del maestro Barta; y como si la otra supiese de tal maestría, devolvió el saludo con una sonrisa.

—Nos ha dicho don José que le hablemos de *Las Verónicas* y contestemos a todas sus dudas —dijo Palmira tomando asiento frente a ella—. Porque es usted de fuera y no conoce Madrid.

—También, que le digamos cosas sobre la moda y nuestras costumbres —añadió Carolina.

—¿Y qué más os ha dicho? —preguntó Elisa suspicaz.

—Que no hagamos preguntas —respondieron con ingenuidad.

Eran dos mujeres muy jóvenes, aunque como les sucede a las hijas del teatro, nada en ellas indicaba edad precisa. Iban con bonitos sombreros sobre la cabeza; uno, pequeño, salpicado de flores; el otro, con grandes plumas, que dejaba escapar los rizos golosos de su cabellera. Al verlas, lo primero que resaltaba era la magnitud de su belleza; sin embargo, aunque vestían a la última moda parisina, no era el traje ni el tocado lo que las hacía diferentes, sino la

luminiscencia voluptuosa que emanaban por sí mismas. Porque aquellas criaturas pertenecían a una naturaleza extraordinaria. Quizá por eso sus corazones congeniaron al instante.

Durante el cuarto de hora que doña Elisa permaneció en la mesa, las recién llegadas mantuvieron una actitud cautelosa y comedida; pero luego, cuando se fue y subieron a la habitación, adoptaron el talante distendido de la naturalidad.

Alicia aprendió muchas cosas de ellas. Supo que el kilo se dividía en libras y en onzas; los metros, en varas y palmos; y que un litro tenía cuartillos, aunque la colonia se adquiría por dedos; la leña iba en fajos y el carbón, por sacos. Le enseñaron significados distintos para las palabras conocidas, como designar «interesante» a la embarazada, «tomar estado» para casarse y decir «andar como el alma de Garibay» para los que están completamente perdidos. Entre susurros y sonrisas aprendió lo que eran las «carreristas», las «paseantas» y que lo peor de lo peor era llamar a alguien «rabiza» o «cotarrera». Diferenció las «casas llanas» de las decentes, y le hicieron el recuento de los comercios a evitar porque en realidad eran sitios de tolerancia donde se cambiaba el hambre por un tiritón.

—Y usted, ¿de dónde viene? —preguntó Carolina en un momento dado.

—¿De dónde vengo? —se repitió a sí misma con nostalgia—. De aquí y de allá. Me he movido mucho.

—Ha estado en América, ¿a qué sí?

—Puesss... sí.

Aquello dio pie para hablar de Cuba, Puerto Rico, Méjico, Nueva York y Buenos Aires, destinos de toda compañía que se preciase; el sueño de toda artista: trabajar en el *Payret*

de La Habana y volver con una pelotita de duros. O quedarse allí, junto al dueño de un cañaveral dispuesto a poner una hacienda a tu nombre, como dicen que le hicieron a *La Chelito*.

—Conocerá usted a La Chelito —le dijo Palmira.

—No.

—¿Y a Blanquita Suárez?

—¿No sabe quién es Adelita Lulú? —preguntó Carolina.

—¿Raquel Meller?

Los ojos de Alicia sonreían ingenuos. «Esa fue una cupletista o algo así, ¿no?», la oyeron decir.

—¡Y lo es! Esta semana está en el Trianón, con mucho éxito.

—Y mucha suerte; porque lo que es cantar, no canta nada —cortó Palmira.

Hablaron del teatro.

Nombraron uno por uno todos los salones de Madrid mencionando el género al que se dedicaban. Le dieron cuenta de dónde había drama y qué era la comedia; qué el sainete, el vodevil y la revista parisiense. *Las Verónicas* es un juguete cómico-lírico escrito por Muñoz Seca al que le ha puesto música don Amadeo Vives, dijeron antes de pasar a describirle el argumento, la trama, los personajes y el escenario

En un momento dado Alicia decidió tomar unas notas para su trabajo y fue entonces cuando comprendió la irremediable diferencia que imprime el progreso. Nada más comenzar a caligrafiar sobre el papel de carta que encontró en un cajón, los cuerpos de las artistas se quedaron inmóviles, con las pupilas fijas en aquellas grafías vivaces que salían de sus dedos; era la primera vez que veían escribir a una mujer de ese modo: rápido, seguro, sin